

Diario de
un
Seducitor

Soren Kierkegaard

Me cuesta dominar la ansiedad que me acomete en este instante en que me resuelvo a transcribir, con el mayor cuidado, la copia que entonces hice con precipitación y con el corazón alterado. Pero incluso hoy, no obstante, siento idéntica inquietud y me hago idénticos reproches.

No habían cerrado la mesa escritorio y todo se encontraba a mi disposición. Habla un cajón abierto. En él, sobre algunos papeles sueltos, se hallaba un volumen en cuarto, encuadernado con óptimo gusto.

Estaba abierto en la primera página, en la que, en un pequeño recuadro de papel blanco, dejó escrito de su puño y letra: *Comentarius perpetuus n° 4.*

Estoy tratando de serenarme, diciéndome que de no haber estado abierto el libro y de no haber sido tan sugestivo el título, no me hubiese vencido la tentación con tanta facilidad.

El título resultaba bastante extraño, más que por sí mismo, por el lugar en el que se hallaba. Al examinar brevemente los papeles sueltos, comprendí que se trataba, de episodios amorosos, alguna alusión a aventuras personales y también borradores de cartas.

Ahora, cuando he podido dirigir la mirada por dentro al corazón tenebroso de aquel ser corrompido, cuando con el pensamiento vuelvo al instante en que estuve ante aquel cajón abierto, siento una sensación similar a la de quien, mientras registra la habitación de un monedero falso, descubre una cantidad de papeles sueltos que le indican que está sobre la pista; en esos momentos, a la satisfacción del hallazgo, se mezcla un gran asombro por todo el trabajo y el estudio realizado.

Pero a mí la cuestión se me presentaba bajo otro aspecto, ya que, careciendo de función policial, mi actitud me colocaba en una senda al margen de la ley. En mi confusión, me sentía tan vacío de ideas como de palabras.

Con frecuencia, nos dejamos dominar por una

impresión, hasta que nos liberamos al reflexionar, y esta medición, rápida y mudable en su agilidad, penetra en el íntimo misterio de lo Desconocido.

Cuanto más desarrollada está la facultad de reflexión, con mayor rapidez vuelve a asumir el predominio, lo mismo que el funcionario que extiende los pasaportes y, por la fuerza de la costumbre, puede mirar con fijeza y sin desorientarse, las más extrañas caras de aventureros.

Pero, aunque mi ejercicio reflexivo está vigorosamente desarrollado, en el primer instante me dominó un profundo estupor; recuerdo claramente que me sentí palidecer y que poco faltó para que me desvaneciese.

¡Qué sensación de angustia experimenté en aquellos momentos! ¡Si él hubiese regresado a su casa y me hubiera hallado sin sentido ante su abierto escritorio! La mala conciencia, sin embargo, puede hacer interesante la existencia...

El título del libro no me llamó demasiado la atención imaginé que se trataba de una recopilación de fragmentos y párrafos extraídos de diferentes obras, hipótesis que pareció lógica pues sabía que estudiaba asiduamente. Sin embargo, el contenido era distinto por completo: un Diario personal, redactado con toda minuciosidad.

Cuando lo conocí, no supuse que su vida necesitara un comentario, pero, después de lo que había podido ver, era imposible negar que el título fue elegido a conciencia por un hombre capaz de mirar por encima de sí mismo y de su situación.

El título armonizaba perfectamente con el contenido.

El fin de su existencia era vivir poéticamente y en la vida había sabido encontrar, con un sentido muy agudo, lo que hay de interesante y describir sus sensaciones lo mismo que si se tratara de una obra de imaginación poética. Por tanto, este Diario suyo no está rigurosamente de acuerdo con la verdad y no es una narración; podríamos decir que no se halla en el modo indicativo sino en el subjuntivo. Seguramente debió ser escrito

poco después de los hechos, pues posee una eficacia tan vivamente dramática que hace revivir ante los ojos de nuestra mente, y para nosotros, el huidizo instante.

No cabe la menor duda de que el Diario tuvo el único propósito de un fin de interés particular del autor. Considerando el plan general de la obra, lo mismo que sus pormenores, no puede suponerse que fuese escrito con finalidad literaria o con destino a la imprenta.

Y no es que temiera la mirada indiscreta de los profanos; a todos los apellidos se les ha dado una apariencia demasiado extraña para que puedan ser auténticos. Sin embargo, creo sinceramente que ha conservado los nombres propios, de modo que más adelante pudiera identificarlos, pero que los demás se hubieran engañado ante los apellidos.

Esta apreciación mía es exacta, por lo menos, en lo que se refiere al nombre de la muchacha, en torno a la que se centra el interés principal, y a la que yo conocí personalmente: Cordelia... En efecto, se llamaba Cordelia, pero su apellido no era Wahl.

¿A qué se debe, entonces, que este Diario posea todas las características de una creación poética? La respuesta no es difícil.

Quien lo escribió tenía naturaleza de poeta, es decir, un temperamento que, por así decirlo, no es ni tan rico ni tan pobre como para poder separar perfectamente la realidad de la poesía. El espíritu poético era el signo más que él añadía a la realidad; ese signo más consistía en lo poético de que él gozaba, en una poética situación de esa realidad; cuando de nuevo la evocaba como fantasía de poeta, sabía hacer partido del placer. En el primer caso, gozaba en ser el objetivo estético; en el segundo, gozaba estéticamente de su propio ser.

Es interesante señalar que, en el primer caso, en su fuero interno se deleitaba de un modo egoísta de cuanto la vida le otorgaba y, en parte, de aquellas mismas cosas con las que impregnaba la realidad; de ésta, en el primer aspecto se servía

como un medio, en el segundo, la elevaba a una concepción poética.

Por eso mismo, un resultado del primer aspecto es la condición anímica en la que se vino formando el Diario y fruto del seguro, su maduración; pero no debe despreciarse la observación de que en este caso, las palabras deben entenderse en un sentido algo diferente al otro.

Y de este modo pudo percibir siempre la poesía en la doble forma en que su vida transcurrió y a través de esta misma forma.

Más allá del mundo en que vivimos, en un fondo lejano existe todavía otro mundo y ambos se encuentran más o menos en idéntica relación que la escena teatral y la real. A través de un delgadísimo velo, distinguimos otro mundo de velos, más tenue pero también de más intenso carácter estético que el nuestro y de un peso distinto de los valores de las cosas. Muchos seres que aparecen materialmente en el primero, pertenecen tan sólo a éste, pero tienen su auténtico lugar en el otro. En consecuencia, cuando un ser humano se desvanece de éste y llega a desaparecer casi de él totalmente, puede deberse a un estado de dolencia o de salud. Este es el caso de El, a quien conocí aun sin llegar a conocerle.

No pertenecía al mundo real, pero tenía con él mucha relación.

Penetraba en él muy hondamente; no obstante, cuanto más se hundía en la realidad, quedaba siempre fuera de ella. No es que le sacara fuera un espíritu del bien, ni tampoco uno del mal; nada puede afirmar en su contra...

Padecía de una exacerbado cerebro, por lo que el mundo real no tenía para él suficientes estímulos, excepto en forma interrumpida. No se alejaba de la realidad por ser demasiado débil para soportarla, sino demasiado fuerte y precisamente en esta fuerza residía su dolencia.

Apenas la realidad perdía su poder de estímulo, se sentía desarmado y el espíritu del mal venía a acompañarle. De eso, él

tenía conciencia en el instante mismo en que le incitaban y en esa conciencia estaba el mal.

Conocí a la muchacha cuya historia constituye el tema central del libro; ignoro si sedujo a otras, aunque, seguramente, sería posible deducirlo de sus papeles. Parece que también en esta forma de proceder se condujo del modo absolutamente particular que le caracteriza, pues la naturaleza le había dotado de un espíritu demasiado selecto para que fuese uno de tantos seductores habituales. Con frecuencia aspiraba a algo completamente insólito; por ejemplo, a un saludo ya que el saludo era lo mejor que una dama tenía. Por medio de sus finísimas facultades intelectuales, sabía inducir a una muchacha a la tentación, ligarla a su persona incluso sin tomarla, sin desear siquiera poseerla; en el más estricto sentido de la palabra.

Imagino perfectamente cómo sabía conducir a una muchacha hasta sentirse seguro de que ella iba a sacrificarlo todo por él. Y cuando lo había conseguido, cortaba de plano.

Todo esto, sin que él, por su parte, hubiese demostrado el menor acercamiento, sin que aludiese al amor en ninguna de sus palabras, sin una declaración o siquiera una promesa. Pero, sin embargo, todo había ocurrido; y la desgraciada, al darse cuenta, sentía una doble amargura, puesto que nada le podía reclamar, o se veía lanzada, en una loca zarabanda, a los más opuestos estado de ánimo. A veces le dirigía reproches, para otras reprocharse a sí misma, pero, como en realidad nada había existido, debía preguntarse a sí misma si no era todo producto de su imaginación. Tampoco le quedaba el recurso de confiarse a alguien, pues, objetivamente, nada tenía que confiar.

A otras personas se les puede contar un sueño, pero la muchacha en cuestión podía haber contado algo que no era un sueño, sino una amarga realidad, pese a lo cual, cuando deseaba desahogar un poco su angustiado corazón, todo volvía a desaparecer. De eso, las interesadas debían dolerse mucho, pero mejor que nadie hubieran podido formarse una idea clara del caso, aunque sintieran pesar sobre sí mismas su carga

apremiante.

Por tal causa, las víctimas que él causaba era de un tipo muy especial: no pasaban a engrosar el número de desdichadas que la sociedad condena al ostracismo; en ellas no se advertía ningún cambio visible; vivían en la relación habitual de siempre; respetadas en el círculo de los conocidos, como siempre; y, sin embargo, estaban sufriendo un profundo cambio, en una forma que a ellas les resultaba muy oscura y para los demás totalmente incomprensible. Su vida no estaba rota, como la de las otras seducidas; tan sólo, habían sido doblegadas y vencidas dentro de sí mismas; por idas para los demás, intentaban inútilmente volverse a encontrar.

Así como podía decirse que recorría el camino de la vida sin dejar huellas, tampoco dejaba materialmente víctimas por vivir en un tono demasiado espiritual para un seductor tal como vulgarmente se concibe.

En ocasiones, sin embargo, asumía un cuerpo "paraestático" y, entonces, era pura sensualidad. El mismo amor que por Cordelia sentía estaba tan lleno de complicaciones, que a causa de ellas parecía ser él el seducido; e incluso la propia Cordelia podía sentir la duda en su alma, pues en este caso no supo hacer tan inseguras sus huellas que resultara imposible toda comprobación. Para él, los seres humanos no eran más que un estímulo, un acicate; una vez conseguido lo deseado, se desprendía de ellos lo mismo que los árboles dejan caer sus frondosos ropajes; él se rejuvenecía mientras las miserables hojas marchitaban.

Sin embargo, en su mente, ¿qué aspecto debió adquirir todo esto? Con toda seguridad, quien induce al error a los demás, debe caer también en este mismo error. Cuando algún viajero extraviado pregunta por el camino a seguir, es muy reprochable indicarle un rumbo falso y luego dejarle marchar solo, pero carece de importancia si se compara con el daño que se hace a quien se impulsa a perder por las rutas de su alma. Al viajero extraviado le queda, por lo menos, el consuelo del

paisaje, que le rodea, casi siempre variado, y la esperanza de que a cada recodo encuentre el buen camino; pero quien se desorienta en su Yo íntimo, queda recluido en un espacio muy angosto y en seguida vuelve a encontrarse en el punto del que partió y va recorriendo sin solución de continuidad un laberinto del que comprende que no podrá salir. Imagino que también esto debió ocurrirle a él, pero de forma mucho más terrible.

No puedo imaginar una tortura mayor que la congoja de una inteligencia intrigante que de repente pierde su hilo conductor y que, cuando su conciencia despierta y trata de salir del laberinto, vuelve contra sí mismo toda su penetración cerebral. Le resultan inútiles todas las salidas de su cueva de zorro: cuando cree alcanzar la luz del día, se da cuenta de que se halla delante de una nueva entrada y, como una fiera despavorida, en la desgarradora desesperación que le acomete, trata de nuevo de salir, pero de nuevo sólo encuentra entradas que lo conducen de nuevo a sí mismo.

Un hombre así no comete crímenes, porque a menudo le engaña su propia superchería, pero recibe un castigo mucho más terrible que un verdadero delincuente; pues, en realidad, ¿qué es el dolor de la expiación si se compara con esta consecuyente locura? El castigo, para él, tendrá un carácter puramente estético: un despertar resulta demasiado ético, según su modo de pensar. Ira conciencia se le aparece tan sólo bajo la forma de un conocimiento más elevado, que se expresa como una inquietud; y ni siquiera puede decirse que le acuse con toda propiedad, sino que le mantiene despierto y, al inquietarle, le priva de todo reposo. No puede admitirse que sea un demente: la diversidad de sus pensamientos no está fosilizada en la eternidad de la locura.

También a la pobre Cordelia le resultaba muy difícil encontrar la paz. Ella, ciertamente, le perdona de corazón, pero carece de paz pues la duda renace en su alma: fue ella quien quiso romper el compromiso, con lo que provocó su propia desdicha, ya que su orgullo necesitaba algo insólito.

Luego viene el arrepentimiento, pero ni siquiera en esto encuentra la paz, pues en ese instante precisamente, otra voz en su conciencia le dice que ella no ha tenido culpa alguna: fue él mismo quien le puso con gran astucia ese propósito en el alma. De este modo nace el odio y su corazón se aligera al maldecir, pero no recobra la paz, ya que la conciencia le dirige nuevos reproches; se increpa a sí misma por odiarle y se censura por haber sido culpable, incluso engañada.

Al engañarla, él cometió una falta muy grave, pero peor aún fue el desarrollarla estéticamente de modo que ella no puede prestar oído a una sola voz con sumisión por mucho tiempo y, en cambio, sí puede escuchar más y más reclamos.

Cuando en su alma se despiertan los recuerdos, ella olvida pecado y culpa, para evocar sólo los instantes de felicidad, dejándose embriagar por una exaltación que nada tiene de particular.

En esos lapsos, ella no se acuerda tan sólo de sí misma, sino que logra comprenderle a él con mucha claridad; esto demuestra la poderosa influencia creadora que sobre ella ejerció, que en él nada afectuoso encuentra, pero tampoco ve en él al ser noble; tan sólo lo percibe estéticamente.

En cierta ocasión, Cordelia me escribió una esquila que contenía las siguientes palabras: "Llegaba a ser a veces tan espiritual, que como mujer me sentía anonadada; pero luego se volvía apasionado, con tal desenfreno, que casi temblaba por él. En ocasiones, yo era una extraña para él, otras se me abandonaba completamente, pero luego, al abrazarle, todo desaparecía y con mis brazos solo ceñía "las nubes". Antes de encontrarle, ya conocía yo esa frase, pero sólo él me enseñó su significado y cuando la empleo debo pensar siempre en él; igualmente siempre y sólo a través de él pienso cada pensamiento mío. Desde mi infancia amé la música; él era un maravilloso instrumento, siempre templado, rico en tonos como ningún otro; poseía fuerza y delicadeza en el sentir; ningún pensamiento le resultaba demasiado grande, ninguno

excesivamente audaz o arriesgado; sabía rugir con la misma fuerza que una tormenta de otoño pero también susurrar imperceptiblemente. Ni una sola de mis palabras le resultaba algo vacío, sin efecto, pero no soy capaz de decir si le faltó efecto a mis palabras, pues jamás pude prever cuál sería. Con una sensación de temor inefable, colmada de inmensa beatitud, yo escuchaba la música evocada, que, sin embargo, no había evocado yo; aquella música llena de armonía con la que cada vez sabía arrastrarme".

Es terrible el castigo de Cordelia, pero mayor el que él sufrirá, cosa que intuí por la irresistible sensación de ansiedad que yo experimento, al pensar en todo eso. También yo me siento arrastrado en aquella zona nebulosa, en aquel mundo de ensoñación, donde nuestra misma sombra nos asusta a cada instante.

Es inútil que intente liberarme, pues debo seguirle, como a un acusador mudo y amenazador. ¡Qué cosa más extraña! El sabía envolverlo todo en el más profundo secreto, pero hay un secreto aún más abismal: estoy "iniciado" en su secreto, pero de forma completamente ilegal, deshonesto. Quisiera olvidar y no lo logro. En alguna ocasión incluso pensé en hablarle de este asunto. Pero, ¿de qué iba a servirme? Seguramente lo negaría todo, afirmando que el Diario no es más que una obra poética o me pediría que me callase, a lo que no me podría negar a causa del modo como me "inicié" en su secreto. Nada hay como un secreto que lleva consigo tanto maleficio y tanta maldición.

De Cordelia recibí una colección de cartas; ignoro si son todas las que escribió pues en alguna ocasión me había dicho que destruyó unas cuantas. Las copió y ahora quiero intercalarlas aquí, en su lugar correspondiente.

Ninguna de ellas lleva fecha, pero aun el caso contrario de nada serviría pues cuanto más avanza el Diario más raras son las fechas y, al final, desaparecen por completo.

Se tiene la impresión de que en esa etapa la historia se

vuelve tan cualitativamente enjundiosa y, pese a toda realidad concreta, se acerca tanto a la idea que cualquier determinación temporal se hace insignificante.

Para suplir esta falta, me ayudes mucho el hecho de que en distintos puntos del Diario existen palabras cuyo sentido, al principio, no pude comprender, pero, al remitirme a las cartas, comprobé que eran el germen o la circunstancia determinante de ella y por eso me fue fácil ordenarlas, colocando cada una donde está su motivo fundamental.

Algunas de ellas deben haber sido escritas en un mismo día.

Tiempo después de que la abandonara, Cordelia le escribió algunas cartas que él devolvió, sin siquiera abrir. También éstas me las entregó; la propia Cordelia había roto los sellos y pude copiarlas. Jamás me dijo ella una sola palabra acerca de esas cartas; cuando la conversación se refería a sus relaciones con Johannes solía recitarme un verso, creo que de Goethe, que siempre puede significar algo distinto, según el modo como se diga y el estado de ánimo en que nos hallamos: Ve desprecia la felicidad.

La pesadumbre vendrá después...

Las cartas de Cordelia dicen así: Johannes No te llamo... mío. Comprendo perfectamente que jamás lo fuiste y por eso me siento castigada con tanta dureza por haberme aferrado a esa idea, como a mi única alegría. Pero te llamo mío, mi seductor, mí embaucador, mí enemigo, origen de mi desventura, tumba de mi dicha, abismo de mi desdicha.

Te llamo mío y me considero tuya: y todas estas palabras que antes acariciaban tus sentidos arrodillados delante de mí en adoración, han de sonar como una maldición para ti, una maldición para toda la eternidad.

Pero, ¿no debes alegrarte por esto, no imagines que, persiguiéndote en vano o tal vez armando mi mano con un puñal, deseo provocar tu burla! Vayas donde vayas, seguiré siendo tuya, siempre a pesar de todo; aunque te retires a los

confines del mundo, seré tuya; aunque ames, por centenares a otras mujeres, será tuya, tuya hasta la muerte. El mismo lenguaje que contra ti empleo demuestra que lo soy.

Te atreviste a una gran villanía seduciéndome a mí, a un pobre ser, hasta el punto de que para mí lo eras todo, la plenitud, y yo no deseaba ningún otro gozo que ser tu esclava.

Sí, soy tuya, tuya, tuya: soy tu maldición.

Tu Cordelia.

Johannes:

Hubo un hombre muy rico, que poseía una gran cantidad de ovejas y de ganado, y una muchacha muy pobre que tan sólo tenía una ovejita, y con ella comía su pan y bebía de su taza. Tú eres ese rico, rico de todos los tesoros del mundo; y yo, pobre criatura, no tenía más que mi amor. Y tú me lo quitaste, para gozarlo; pero luego, cuando te sonrieron otros placeres, les sacrificaste lo poco que yo tenía, sin querer sacrificar nada de tu parte.

Hubo un hombre muy rico que poseía una gran cantidad de ovejas y de ganado, y una pobre muchacha que solamente tenía su amor.

Tu Cordelia.

Johannes:

¿Es inútil toda esperanza? ¿No volverá jamás a despertarse tu amor? Sé muy bien que me amaste, aunque ignoro de dónde me viene esa certeza. Deseo esperar, aunque el tiempo me resulte muy largo: esperar; esperar hasta que no tengas deseo de amar a otra mujer en el mundo... Y si de esa tumba resurge entonces el amor, tu amor, te amaré siempre como antes, Johannes, ¡como antes! ¡Johannes!, ¿cómo puede tu verdadero ánimo tener conmigo tan despiadada frialdad? ¿Es que solamente fueron íntimo engaño tu amor y tu rico corazón? ¡Vuelve pronto a ser tú mismo! ¡Sé paciente con mi amor, perdóname si no puedo dejar de quererte! Aunque mi amor sea un peso para ti, ¡llegará, sin embargo, el momento en que volverás a tu Cordelia! ¿Acaso oyes esa palabra suplicante, tu

Cordelia, tu Cordelia? Tu Cordelia.

Indudablemente Cordelia también sabía modular su palabra, aunque su voz no poseyese la expresión que obligara a Johann a admirarla.

E incluso si no sabía expresarse con claridad y precisión, a pesar de todo no puede negarse que sus cartas revelan una infinidad de estados de ánimo. En especial, se advierte al leer la segunda carta; sí, en ella, Cordelia apenas tiene una vaga idea de lo que anhela, pero es precisamente esa falta de exactitud la que otorga al escrito un tono conmovedor.

EL DIARIO

4 de Abril

¡Cuidado, mi bella desconocida! ¡Cuidado! No es tan sencillo descender de un coche; en ocasiones, puede ser un importante paso.

Muy a menudo, están tan mal colocados los estribos, que es necesario dejar a un lado la elegancia para salir sin inconvenientes. A veces, sólo es posible salvarse con un alocado salto en brazos del cochero o del lacayo. Cocheros y lacayos ... ¿qué bien les va? Hay momentos que siento el deseo de entrar como sirviente en una casa donde haya señoras jóvenes. ¡Qué fácil le resulta a un criado penetrar en los secretos de la casa! Pero, ¡por amor de Dios, no baje tan precipitadamente de un coche! ¡Se lo ruego!; ¡ya es de noche! No deseo perturbarla, por lo que me oculto detrás de un farol, para que no me pueda ver: con sólo saber que nos miran nos sentimos perplejos o embarazados. ¡Ahora puede bajar! ¡Permita que el lindo piececillo, cuya gracia tanto admiro, se arriesgue por el mundo! ¡Animo! Ya está seguro de encontrar terreno firme. ¿Acaso aún teme a algún espectador molesto? No creo que sea del cochero ni tampoco de mí...

Acabo de ver su piecico y, cual un buen naturalista de la escuela de Cuvier, saqué mis conclusiones. ¡Rápido, pues! ¡Cómo mi ansiedad aumenta su belleza! Pero no, el temor no es hermoso por sí mismo si no va acompañado por el deseo de

dominarlo. ¡Al fin! ¡Con qué seguridad se afirma su diminuto pie! Nadie se ha dado cuenta de todo esto. Tan sólo en el momento de bajar, ha pasado una sombra ante usted.

¿Mira usted a su alrededor, con cierta turbación, con aire de orgulloso desdén? ¿Una mirada suplicante, con lágrimas en los ojos? Ambas cosas son igualmente hermosas a mi juicio y de las dos me apropio.

Sin embargo, soy pérfido... ¿Cuál es el número de su casa? ¡Ah, no! No va a su casa sino a una tienda de objetos de lujo. ¿Es que, acaso, soy inoportuno siguiéndola, mi hermosa desconocida? Pero ella ya me ha olvidado. Cuando no se han cumplido aún los dieciséis años y se va de compras, se observa con tal placer todo lo que se tiene entre las manos que lo demás se olvida con gran facilidad.

Aún no me ha visto, aunque me encuentro al otro extremo del mostrador; en la pared de enfrente cuelga un espejo. ¡Desgraciado espejo que puedes reflejar su imagen pero no a ella misma! Y ni siquiera puedes adueñarte de esa imagen, espejo desdichado y ocultarla al mundo, sino que la traicionas a todos, como ahora a mí...

¡Qué tormento, aunque el hombre así hubiera sido creado! Hay hombres, sin embargo, que sólo comienzan a gozar de aquello que poseen cuando pueden mostrarlo a los demás: hombres sólo capaces de concebir las apariencias y no la esencia, y que todo lo pierden cuando el ser interior se muestra, así como este espejo perdería su imagen, si ella se traicionara ante él un solo instante...

¡Pero qué hermosa es, a pesar de todo! ¡Pobre espejo, qué tormento! ¡Por fortuna, no puedes estar celoso! Su rostro posee un óvalo perfecto. Ahora, inclina la cabeza un poco hacia adelante, de modo que su frente se hace más alta: la hermosa frente, pura y altiva, no tiene el menor defecto.

Son oscuros sus cabellos y el cutis transparente y mórbido al tacto; lo adivino en sus ojos. Sus ojos... No, no consigo verlos porque los ocultan esas largas pestañas, curvadas

como alfileres, que pueden tornarse peligrosas para quien busque la mirada que protegen.

Su rostro es como una fruta: se funden sus rasgos, llenos y suaves, sin la menor esperanza. Tiene cabeza de Madonna, pura e inocente.

Se despoja de un guante y muestra al espejo, y, por tanto, también a mí, una cándida mano, de griega perfección, y sin siquiera el liso anillo anular. ¡Muy bien! Ahora levanta los ojos: esto la transfigura totalmente y, sin embargo, sigue siendo la misma; la frente no es tan alta, el rostro resulta menos ovalado, pero está más llena de vida.

Habla con el dependiente... Está alegre y charla con agrado.

Ya ha elegido dos o tres cosas, toma otra en la mano para examinarla, pregunta el precio y la deja a un lado, bajo los guantes. Tal vez sea un regalo para la persona amada. Sin embargo, es indudable que no está prometida. Pero hay tantas que no tienen compromiso y, no obstante, tienen un enamorado, y otras muchas que, teniendo compromiso, carecen de amor. ¿Voy a dejar que se marche? ¿Debo abandonarla a su inocencia, sin molestarla? Va a abonar su compra, pero ha olvidado el monedero. Puede que indique sus señas, pero no quiero oírlas, no deseo privarme de una sorpresa; pese a todo, volveremos a encontrarnos en la vida. Entonces, yo la reconoceré y tal vez ella también me reconozca a mí. No es sencillo olvidar mi mirada oblicua.

Si no me reconociese, lo advertiría por la expresión de su rostro: pero no van a faltarme oportunidades de mirarla como yo sé hacerlo. Y entonces recordará haber sentido sobre sí mi mirada.

Y ahora, un poco de paciencia, sin apremios: me la han destinado y algún día me pertenecerá.

5 de Abril

Pasear solo por la Ostergade, al anochecer, es una de las cosas que prefiero, que más amo.

Este resumen que usted acaba de leer pertenece a una librería virtual en la que puede disfrutar libros de la forma cómo después se explica. O puede ojear y disfrutar partes de los textos de esos ejemplares, tal como haría en cualquier librería en tres dimensiones. A continuación verá cómo funciona todo esto. **Es muy sencillo e interesante.**

Puede visitar esta librería en http://www.personal.able.es/cm.perez/libreria_virtual.htm

¿Qué es LIBROS PARA DESCARGAR?

Es una **nueva** forma de comprar libros y recibirlos en su ordenador. **También puede descargar libros GRATIS**

¿Qué ventajas obtengo por comprar así los libros?

Es mucho más **fácil** y **rápido** de recibir. Si se manda por el sistema tradicional, tarda varios días en llegar. Además, en otros casos, los portes los pagaría usted, o se le cargarían en el precio final. Sin embargo, al adquirir libros por este sistema, todos los **gastos de envío son gratis**, con el ahorro que supone para usted. Por otra parte, al ser nulos los gastos de imprenta y distribución, se ofrecen unos precios que no existen en los libros en papel.

¿Cómo sé que me llegan los libros?

Usted recibirá en la cuenta de correo que elija los libros que adquiera. Este sistema está **probado y garantizado**.

¿Es compatible con mi ordenador?

Los libros se mandan comprimidos en formato PDF con la finalidad que sean compatibles con cualquier sistema (PC, Mac, Linux y otros). Al ser un formato comprimido, tardan menos en llegar. De todas formas, si así lo indica usted, puede recibirlos en formato DOC (World de Windows) o en formato html (el mismo que la página web que ahora está usted viendo). **Fácil y efectivo**.

Puede descargar gratis el lector de PDF en <http://www.adobe.es/products/acrobat/readstep2.html>

¿Qué temas se pueden adquirir?

Libros de temas que no se suelen encontrar en cualquier librería. Naturalmente, encontrará temas tratados en

EL ARTE DE LA ESTRATEGIA en <http://www.personal.able.es/cm.perez/> o en consonancia con su línea. Hallará libros sobre el **éxito**, sobre el **poder**, sobre la sexualidad, sobre la mente ...

¿Puedo ver los libros antes de comprarlos?

Por supuesto, y le animamos a hacerlo. Todos examinamos un producto antes de adquirirlo, y aquí no va a ser menos. De paso, podrá leer capítulos o fragmentos de todas las obras ofertadas.

¿Puedo hacer copias?

Por supuesto que sí, **todas las copias que quiera**. No hay ningún dispositivo que impida hacer copias electrónicas o en papel. Hacemos esto porque consideramos que ya que usted paga por un producto, es muy **libre** de hacer con el lo que quiera (aunque los que reciban las copias no paguen).

¿Es seguro comprar con tarjeta en Internet?

Comprendo que resulta chocante realizar compras por Internet. El sistema de pago funciona de tal manera que: **es seguro** (nadie puede interferir los datos), nadie conoce el n° de su tarjeta y que yo mismo he hecho la prueba comprando libros y todo funcionó a la perfección.

En el caso de que no tenga tarjeta, ya ha habido otras personas en su situación que lo han solucionado de la siguiente manera: han pedido a otra persona que si tenía tarjeta fuera el que les realizara la compra. Después le abonó en metálico el importe de la adquisición.

Me quedan algunas preguntas, ¿me las podría aclarar?

Encantados de ampliar información. Puede enviarme un mensaje en el que exprese sus preguntas a cm.perez@able.es . *Es una forma de agradecerle de antemano la oportunidad de servirle, que espero tener algún día.*

Reciba un cordial saludo

Carlos Martín Pérez

PUEDE ENVIAR ESTE EJEMPLAR A QUIEN DESEE. ES MAS, LE ANIMO A HACERLO. SU PRESTIGIO AUMENTARÁ NOTABLEMENTE AL HACERLO.

COMPARTIR ESTA INFORMACION AYUDARÁ A MUCHAS PERSONAS.